

pla todo el accidentado umbral de Andalucía, por una parte, y el lánguido confin de la Mancha, por otra.

Rufino nos invitó a beber leche y vino, y nos dijo:

—Yo soy feliz aquí, en estas rocas que parecen inaccesibles para todo el mundo. Las incomodidades de mi choza son, en realidad, bastante llevaderas. Por las noches veo en la lejanía del horizonte las luces eléctricas de Linares y apenas envidio lo que alumbran. También se ve desde aquí el cementerio de Vilches. Miren ustedes allá. Entierran a los muertos de pié.



Pastores manchegos contemplando con alegría los cuatro productos de una oveja en un solo parto.

(Quería significar con esta última expresión que el cementerio, practicado en la vertiente de una loma, no tenía las sepulturas horizontales, sino excavadas en una oblicuidad a veces tan considerable que podía suponerse la colocación casi vertical del cadáver).

En la majada de aquel pastor se nos

hizo de noche. Vimos la salida de la luna llena de Jueves Santo en el silencio de los Organos geológicos, sin otra sinfonía que las esquilas, y abajo, en lo profundo del desfiladero, las ranas en el río y los grillos y las zumaya en los montes, y aún, de cuando en cuando, el ladrido de los perros de las majadas lejanas. Egloga de paz y bálsamo de inquietudes muertas. Sin ansias, ni codicias, ni angustia de estrépitos ni de velocidades.

Después, bajo la luna, pasamos, de regreso, por delante de las pinturas rupestres de la Cueva del Retamoso, que nos miraban en el milenarismo de sus ensangrentados rasgos.

De un episodio tan intrascendente como vulgar, he arrancado después copiosa meditación analítica relativa a carácter y a las cualidades de los pastores, que se centran, amplifican y robustecen en nuestros pastores manchegos, con los que yo tanto contacto tengo establecido por exigencia profesional. En ellos pensaba cuando escribí

«Porque a mí no me olvidan las rocas ni las cumbres, las nubes ni los astros...»

La psicología del pastor es notoriamente una psicología de extraña coherencia y textura. Su resistencia a la fatiga es envidiable: parecen inasequibles al cansancio subjetivo. Su tosquedad y su rudeza son aparentes: en el fondo, todo es amabilidad y gratitud. La aspereza de su carácter y la rusticidad encubren —y protegen— almas en las que no anidan ni alientan la desconfianza ni la traición. Su vida es una verdadera ascesis de simplicidad ingenua, de sencillez gloriosa.

Incomprendidos por quienes embardunan su espíritu con mixturas y lustres de escenario urbano y de guarderpropia de ciudad, pueden parecer toscos y aferrados a sus normas y rutina añejas. Pero no es así. Los pastores son tan inteligentes como los hombres de la urbe, y como además son ser-